

infierno

Publicación Anárquica por el desmadre y la revuelta /Primavera 2013



APUNTES SOBRE EL ILEGALISMO

…El anarquismo se ha apoderado de nosotros por completo, porque nos exige todo, nos ofrece todo. No hay rincón de la vida que no ilumine, o por lo menos así lo creemos. Se puede ser católico, liberal, radical, marxista, socialista, aun sindicalista, sin cambiar ningún aspecto de la vida propia, sin alterar, en consecuencia, la vida... El anarquismo, en cambio, antes que nada, exige una total concordancia entre los actos y las palabras, un cambio total en la manera de ser.

Victor Serge

Se podría definir al ilegalismo como una serie de prácticas y corrientes de pensamiento anarquistas que surgieron, fundamentalmente, en Francia y Bélgica (expandiéndose posteriormente a España, Italia, Alemania y Suiza) a finales

del siglo XIX y se extendieron hasta finalizada la I Guerra Mundial. Una influencia decisiva, tanto teórica (filosófica) como práctica la aportaron los/as nihilistas rusos/as exiliados en Francia y Bélgica. Ellos/as dieron el impulso definitivo a un compendio de métodos que se venían gestando desde los tiempos de la propaganda por los hechos (1876 - 1909) acordada en los primeros congresos anarquistas. Los y las ilegalistas sostuvieron la llama de ese espíritu, de esas prácticas, pero fueron los nihilistas los que conceptualizaron y llevaron más allá la filosofía del anarquismo más combativo. En palabras de Victor Serge:

«De Rusia se esparcían por el mundo hombres y mujeres moldeados por los combates sin merced, que no tenían más que una meta en la vida, que respiraban el peligro; y la comodidad, la paz, la campechanería de Occidente les parecían sosas, los indignaban tanto más cuanto que habían aprendido a ver, funcionando al desnudo, los engranajes de la máquina social en los que nadie pensaba en esos países privilegiados… Tatiana Leontieva liquidaba en Suiza a un señor al que confundía con un ministro del zar; Rips disparaba sobre la guardia republicana en la plaza de la República; un revolucionario ejecutaba en un cuarto de hotel de Belleville al jefe del servicio secreto de la Ojrana de Petersburgo. En un barrio mísero de Londres, unos anarquistas rusos sostenían un cerco en el sótano de una joyería y los fotógrafos sacaban una placa del señor Winston Churchill, joven ministro, dirigiendo el cerco. En París, en el Bosque de Bolonia, Swoboda, probando sus bombas, era despedazado por ellas. "Alexandre Sokolov", en realidad Vladimir Hartenstein, pertenecía al mismo grupo que Swoboda. En su cuartucho, había instalado un laboratorio perfecto, a dos pasos de la Biblioteca Real, donde pasaba una parte de sus días escribiendo para sus amigos de Rusia y de Argentina, en caracteres griegos, pero en español. Eran tiempos de paz pletórica, extrañamente electrizados, en la víspera de la tormenta (la tormenta de 1914…).» Victor Serge. *La prehistoria de la banda Bonnot*, fragmento de sus *Memorias*.

Tras la gran conflagración, estas corrientes perdieron casi toda su fuerza e influencia y si bien no llegaron nunca a morir, pues de hecho perduran más o menos transmutadas en nuestros días, sí que llegaron a verse significativamente mermadas.

Pero dentro del ilegalismo habría varias prácticas y modos de ver la realidad.

Uno afirma, bien entroncado en la tradición ácrata y sin mucha distinción, al menos en la teoría, del resto de corrientes anarquistas, que de la ley nada se puede esperar por ser un instrumento de dominación al servicio de quienes tienen el Poder, y por lo tanto hay que atacar ese instrumento, no sólo ignorarlo, rebelándose sin la más mínima contemplación, mediante la palabra o

las armas. En esta corriente ilegalista se podría ubicar la propaganda por los hechos (serie de atentados contra miembros de la alta burguesía y el aparato del Estado cometidos por anarquistas en distintos países, que se sucedieron entre las dos últimas décadas del siglo XIX y la primera del siglo XX), o diversas insurrecciones obreras y campesinas en la Europa Mediterránea a finales del XIX.

Otro ilegalismo, el más discutido, afirmaría que quebrantar la ley sería no sólo una forma de lucha sino una forma de vida (prestando especial atención en el quebrantamiento de la ley por mediación de la expropiación individual).

Con formulaciones éticas más discutibles y unas propuestas más «amorales», se inscribirían en esta corriente la mítica banda Bonnot, y los anarquistas Ravachol y Henry. Esta visión defendería violar sistemáticamente la ley por ser ésta la expresión en la esfera política de la dominación, principalmente las leyes referidas a la propiedad, que en esa época significaban el grueso de la legislación. A esta visión se ha contestado a menudo desde sectores anarquistas, e incluso ilegalistas, aduciendo que, aun compartiendo gran parte del planteo, lo que un día puede ser legal al día siguiente puede no serlo, con lo que, sin defender nunca la ley (con independencia de si en un momento puntual beneficia a los oprimidos o no, pues lo que se critica más es que una ley es un acto del Estado, una delegación del propio poder de los individuos en manos de una estructura opresiva por encima de ellos, con la finalidad de, precisamente, oprimir), no se trataría tanto de violar sistemáticamente la ley como de llevar a cabo lo que se considera correcto en un momento dado sin contemplar si viola o no la ley. A parte de estas polémicas tampoco ayudó el hecho de que, como ocurre en todo tiempo y lugar y en todo cuerpo de ideas, una serie de individuos se ampararon en una supuesta teoría para justificar toda una serie de actos de dudosa justificación (pese a lo radical y a veces confuso de este planteo ilegalista ningún ilegalista «serio» y consecuente propuso jamás violar niñas, por poner un ejemplo, pese a que esto en las sociedades de la época, en muchas ocasiones era ilegal).

Apología del Ilegalismo

> *Si la furia del pueblo igualara a su paciencia, nadie se atrevería a convertirse en gobernante*
>
> R.F.R.

Abúlicos y decepcionados; cínicos y arrogantes; melancólicos e introvertidos, incluso confiados y, aparentemente, satisfechos; vivimos todos nosotros sumidos en el más profundo de los temores. Hay miedo al futuro, al porvenir, a lo que nos deparará un inexistente «destino», al ensañamiento con que podría tratarnos la vida. También hay miedo al pasado, a lo pretérito, a los «esqueletos

del armario», a la descodificación de nuestros «demonios»… y en cada uno de esos casos se repite una constante: Miedo al Castigo.

La ingenuidad —que no perdemos ni en nuestra vejez— consiste, precisamente, en el supuesto desconocimiento de dicho fenómeno.

Tenemos miedo a que nos reprueben por lo que «podemos» llegar a hacer, y miedo a que nos fustiguen por lo que «hemos» hecho. No nos importa comprender «porqué» se nos castiga, ni descubrir «quién» lo hace, ni cuestionar la «superioridad» de quien se arroga el derecho de aplicarnos la férula. Si se nos castiga: «algo habremos hecho para merecerlo», quien nos castiga «es siempre un organismo que vela por el orden y la seguridad», su «superioridad» reside «en que los individuos que lo componen son un dechado de virtudes, con una solvente y elevada catadura moral»… sí, a estas mamarrachadas llega la dialéctica jerárquica.

No queremos cuestionar la dudosa belleza de estos eufemismos; nos atreveremos, sin embargo, a remover su fondo. Si se nos castiga «es únicamente porque alguien obtiene un rédito de ello», quién nos castiga «es siempre un organismo represor que fomenta el abotargamiento y el miedo», y su «superioridad» reside «únicamente en la fuerza bruta», es esta, y no otra, la «virtud augusta» sobre la que reposa su cetro.

Sin temor a caer en «dogmatismos» hacemos nuestras las palabras de Albert Libertad: «Todas las leyes son malvadas, todos los juicios son inicuos, todos los jueces son malos, todos los condenados son inocentes».

Interroguémonos detenidamente ¿Acaso quienes nos castigan son mejores que nosotros? No; sencillamente sus intereses —por cierto, nada altruistas— son distintos que los nuestros: nuestra igualdad material mermaría radicalmente sus ganancias, nuestra expansión creativa aboliría su mecanicismo industrial, nuestra voluntad paralizaría la rueca que hace girar su sistema, nuestra felicidad consciente y autosuficiente invalidaría su tutela, y en definitiva, nuestra Libertad erradicaría su Poder.

Insalvablemente estas antinomias deberían de emplazarnos al conflicto, sin embargo, el hecho de que el Estado haya sabido ceñirse como una correa al cuello de la Sociedad, y que esta correa haya sido «sabiamente» manejada, tanto por los «prohombres» del capital «blanco», como por los «próceres» de la política «roja», es lo que ha determinado que sus intereses hayan prevalecido sobre los nuestros. Es esta dinámica la que establece, tal y como decía Stirner, «que nuestra violencia sea un crimen y la suya un derecho», que nuestros atentados contra la propiedad sean un «robo» y que su habilidad para esquilar a los «rebaños humanos» sea considerada «iniciativa empresarial».

Ya Sade les conminaba a «abrir las cárceles o a suministrar la prueba, imposible, de su virtud», hace más de 200 años de aquello y aún no han pasado ninguna de las dos cosas… será menester entonces empezar a «tomar»; y tildar de imbéciles a todos aquellos que sigan esperando «recibir».

No queremos encubrir nuestro llamamiento: convocamos a todo Individuo a violar todas y cada una de las leyes y preceptos que se le impongan y que no estén en plena concordancia con su propia sensibilidad. Nosotros no queremos teorizar, ni resignarnos, ni aguantar los latigazos con la esperanza futura de que nos cubra una «Gran Noche». Nosotros queremos Vivir. No hace falta cultivarse, ni fortalecerse, ni «reflexionar fríamente»; llevamos siglos de «reflexión», de «aprendizajes» y «gimnasias», lo que queremos es, llanamente, Existir, con toda la fuerza de la palabra. Si esto incluye todas las demás cosas, hagámoslas sin más, pero que no sean estas un prerrequisito para la vida, lo que pretendemos es todo lo contrario: queremos que todas esas cosan sirvan como un medio para facilitar y hacer más gozosa la vida; y no que la vida sea un medio para lograr alcanzar todas esas cosas.

Queremos aullar allí donde nos apetezca, queremos pensar en todo aquello que deseemos, y queremos poder expresarlo de la forma que mas gustemos; queremos escribir, cantar, pintar, y danzar tal y como se nos antoje; queremos comer, beber, dormir y vivir tal y como decidamos, y queremos que todas estas cosas puedan estar al alcance de todos y cada uno de nosotros.

Tal y como decía Kropotkin: «Nuestra acción debe ser la rebelión permanente con la palabra, con la letra impresa, con el puñal, con el fusil, con la dinamita. Como rebeldes que somos, actuamos consecuentemente y nos servimos de todas las armas para golpear. Todo es bueno para nosotros, excepto la legalidad».

Este planteamiento adquiere sus tintes más prácticos en estos días de hambres y censuras. Queremos que el nómada tome posesión de un techo, sin más prescripción que su Voluntad. Queremos que el famélico asalte los insultantes expositores de abundancia, y que el sediento satisfaga sus pulsiones biológicas allá donde le plazca. Queremos poder maldecir, una y mil veces, a quienes negocien con la cultura, que no contentos con vaciarnos el estómago pugnan por vaciar nuestras cabezas. Queremos poder condenar al tártaro a todos los abortos cortesanos que día tras día sigue vomitando la Monarquía, queremos poder recomendar la guillotina para una institución que ya nació bajo el signo de la caducidad y la decadencia, queremos poder gritar que Juan Carlos I debe también ser el último, y que su cabeza debería descansar dentro de una cesta; y no debajo de una corona.

¿Os suenan fuertes estas palabras? Pues he aquí, ante vuestros ojos, una prueba fehaciente de ese miedo «invisible» del que antes os hablaba.

¿Os da miedo el Ilegalismo? sí, a todos vosotros, esos que clamáis por la «Revolución y la Redención Humana», entonces desterrad de vuestros labios esos términos, pues, parafraseando a Mauricius, «¿Qué es la Revolución más que un acto de Ilegalismo en masa?».



NIHILISMO

A menudo, usamos coloquialmente la palabra «nihilismo» aludiendo a la absoluta falta de principio moral o político. Tal vez, el primer filósofo que utilizó el término fue William Hamilton, el cual consideró que el nihilismo es la negación de la realidad sustancial. Hamilton consideró que Hume era un nihilista, al negar que exista una realidad sustancial —o que en realidad hay sustancias— solo cabe sostener que se conocen fenómenos. Desde este punto de vista, el nihilismo sería idéntico al fenomenismo —el cual tiene, a su vez, diversas vertientes—. Este nihilismo de Hamilton sería llamado posteriormente «nihilismo epistemológico». Se diferencia del nihilismo moral —negación de que haya principios morales básicos—, pero está tal vez muy emparentado con el nihilismo metafísico —pura y simple negación de «la realidad»—. El propio Hamilton aludió con frecuencia al sofista Gorgias, según el cual no hay nada —y si hubiera algo, sería incognoscible; y si fuera cognoscible, seria inexpresable, inefable o incomunicable—. También se ha mencionado al escéptico Pirrón a propósito del nihilismo; aquí cabe detenerse especialmente, cuando se equipara muy a menudo nihilismo y escepticismo radical y se considera que ambos apuestan por una especie de universal «negacionismo». El escepticismo se ha manifestado muchas veces como duda de que haya nada permanente en el movimiento y en el cambio, el nihilismo se ha entendido como la afirmación de que todo cambia continuamente y de que todo varía en función del sujeto.

A veces, se expresa el nihilismo en forma de una concepción del mundo, que puede adoptar un pesimismo radical o bien conduce a un punto de vista totalmente «aniquilacionista». Así, en este último sentido, en el *Fausto* de Goethe Mefistófeles considera que sería mejor que nada surgiera ya que todo perece; en *La vida es sueño*, Segismundo parece seguir esa línea al decir que «el delito mayor del hombre es haber nacido». Schopenhauer, en *El mundo como Voluntad y Representación*, cita esas dos obras, así como versos de Teognis. Este filósofo consideró que toda existencia «refleja» el impulso irracional e incesante de la Voluntad; la vida es lucha, y la vida humana está llena de sufrimientos y oscila entre el dolor del deseo (basado en la necesidad o en la carencia) y el dolor no menos intenso del aburrimiento o la inanidad (experimentado cuando todas las necesidades han sido satisfechas). Para Schopenhauer, la Voluntad es la causa, no solo del egoísmo y la agresión, sino la raíz de todo mal en general. Ante la objeción de que la negación del sufrimiento implica la eliminación de la voluntad y, por lo tanto, «el deslizamiento hacia una nada vacía», el filósofo afirmará que, para quienes se hallen llenos de Voluntad, lo que permanece después de la completa abolición de la Voluntad —o después de su negación— es una nada. Para Nietzsche, la noción de nihilismo es muy importante. Por un lado, considera al nihilismo como una amenaza, como el término final de un desarrollo histórico sin salida. En otro sentido, considera como nihilista la interpretación de la existencia humana y del mundo proporcionada por la Europa cristiana y por la Europa moderna; esa interpretación niega los valores superiores de la fuerza, la espontaneidad, el concepto de superhombre, a beneficio de los supuestos valores de la equidad, la humildad, etc. Se puede hablar así de un nihilismo «malo», que será aquel pasivo perteneciente a la tradición moral y metafísica. Pero se puede hablar también de un nihilismo «bueno» —o «auténtico»—, que sería activo y consistiría en destruir el sistema de valores de aquel nihilismo pasivo tradicional. El nihilismo de los «espíritus fuertes» pone punto final al nihilismo débil del pesimismo, del historicismo, del afán de comprenderlo todo, de la idea de que todo es vano. Este tema nietzscheano del nihilismo ha sido recogido por Heidegger al tratar de la destrucción de la metafísica occidental e, incluso, de toda metafísica como un «acontecimiento». Capítulo aparte merece la historia del nihilimo ruso, con fuertes raíces sociales. Recordaremos que Bakunin llegó a afirmar que sólo la destrucción es creadora (y consideramos aquí, por supuesto, que el gigante ruso se refería a las instituciones, y tenía en mente la injusticia social, por supuesto). Más radical aún será Dimitri Ivanovitch Pisarév, el cual escribió que «todo lo que puede romperse, hay que romperlo; lo que aguante el golpe, será bueno; lo que estalle, será bueno para la basura. En todo caso, hay que dar golpes a derecha y a izquierda: de ello no puede resultar nada malo». Hay que entender este violento párrafo como que sólo lo que resiste la crítica implacable es digno de ser conservado. En la línea de Pisarev iban Sokolov y Zaiset, quienes después emigrarían a Suiza o París, formando parte del ala bakuninista de la Internacional.

Más allá de las concepciones y las descripciones filosóficas (muchas veces una trampa) se puede definir el nihilismo como un punto de vista compuesto de escepticismo junto con reducción. El nihilismo «político» es activo, no pasivo, y el diccionario lo define como el hecho de que «las condiciones en la organización social son tan malas como para hacer que la destrucción sea deseable por su propio bien, independientemente de cualquier posibilidad o programa constructivo.» En su novela de 1861 *Padres E Hijos*, el autor Ivan Turgenev definió acertadamente esta cosmovisión, «Un nihilista es una persona que no se somete ante ninguna autoridad, es aquella que no acepta ningún principio basado en la fe, por más que este principio sea venerado.»

Una descripción común (pero errónea) del nihilismo es la «creencia en nada», una frase manipuladora que define al nihilista como alguien cambiando una creencia por otra. En lugar de eso, una más útil sería sustituir «creencia» por «fe», donde «fe» es definida como la firme creencia en algo para lo cual no hay ninguna evidencia, y por lo tanto el nihilista es caracterizado en realidad por la ausencia de fe. Una definición universal de nihilismo bien podría ser el rechazo de aquello que requiere de la fe para la salvación, o actualización, e iría desde incluir cualquier cosa desde la teología hasta la ideología secular. Dentro del nihilismo, la fe y los valores similares son desechados porque no tienen absolutamente ninguna sustancia objetiva verificable. Son inválidos porque sólo sirven como otra mentira explotable y nunca producen ningún resultado beneficioso. La fe es un riesgo imperativo para grupos e individuos porque obliga a la suspensión de la razón, el análisis crítico y el sentido común. Nietzsche alguna vez dijo que fe significa no querer conocer. Fe es «no dejes que las pesquisas de esos hechos molestos interfieran con nuestro plan político o nuestro camino místicamente ordenado hacia el cielo»; fe es «haz lo que te digo porque yo lo digo.» Todas las cosas que no se pueden desmentir necesitan fe, la utopía necesita fe, el idealismo necesita fe, la salvación espiritual necesita fe; ¡El nihilismo rechaza la fe!

El segundo elemento que el nihilismo rechaza es la creencia en un propósito final, que el Universo está construido sobre eventos no aleatorios y que todo está estructurado para llevarnos hacia una revelación concluyente. A esto se le llama teleología, y éste es el error fatal que plaga todo el arco iris con soluciones falsas, desde el Marxismo al Budismo, y todo lo que hay en medio.

La teleología obliga a la obediencia hacia el cumplimiento del «destino», «progreso» o similares objetivos grandiosos. La teleología es usada tanto entre déspotas como entre soñadores utópicos, como una motivación coercitiva que sólo lleva a otro apocalipsis apócrifo; el camino verdadero para llevar a la humanidad de las orejas. ¡Decirles que todo es parte del gran plan, así que sigue la corriente, o si no verás! Podría parecer razonable pero no hay, y nunca hubo, ninguna evidencia de que el Universo funcione acorde a la teleología. No hay ningún propósito final. ¡El Universo no opera de acuerdo a los valores humanos! Esta es la belleza simple del

nihilismo que ningún otro estatuto o idea tiene. Liberándose de los amarres de la teleología uno tiene la facultad de perspectivas y resultados porque, por primera vez es posible encontrar respuestas sin proceder desde percepciones pre—existentes. Finalmente somos libres de descubrir lo que realmente hay afuera, y no sólo la evidencia parcial, para destartalar los pretextos originales y conocimientos erróneos que sólo han creado un infierno en la Tierra durante el proceso; ¡El nihilismo rechaza la teleología!

El azar de la Naturaleza es un elemento poderoso porque niega la credibilidad de la teleología, esa predestinación intencionada que menoscaba la auto—determinación. De tal forma que tenemos la opción de aceptar pasivamente el brebaje de absolutos falsos establecidos socio—históricamente, «verdad» y leyes morales que pueden ser nada sino un mito. O podemos aceptar lo real por lo que es, y asumir el saludable rol de ser participantes activos, definiendo constantemente la existencia a través de la percepción e inteligencia. De esta forma definir la existencia está predicada en la vida, y en una apreciación consciente de la percepción cognitiva, combinada con una interpretación crítica de lo que esa percepción significa. Y, cuanto más desarrollado esté el consciente, mayor inteligencia y más efectiva y funcional puede llegar a volverse la existencia.

La pasividad es un mito. Todos estamos involucrados dentro de un sistema dinámico que no sólo exige sino que obliga a la toma de decisiones de forma activa.

A menudo lo que parece ser el mensaje «extremo», sólo es en realidad la historia de mañana hoy. Uno puede ignorarlo y entrar en pánico cuando se presente o aprender de eso y adelantarse a su tiempo, con conocimiento previo, preparado y carente de miedo o pánico. Vivimos en una época dinámica, donde los valores tradicionales han sido deformados por las autoridades para servir fines injustos, contrarios al bienestar común. Es una época de contradicciones que a menudo necesita conductas contra—intuitivas. El recurso para la supervivencia dentro de este contexto de la erosión del significado tradicional es el nihilismo.

El nihilismo es la respuesta razonada, orgánica al caos artificial, el caos intencional manufacturado por el gobierno, la religión y los medios masivos de comunicación.

Un plan sigue a las ideas debido a que las estructuras artificiales que tenemos alrededor, el resultado, es producto de la visión colectiva y, una vez que los conceptos se ponen en práctica, los detalles se ordenan por sí solos. El nuevo mundo crecerá sobre los montones de cenizas del viejo. Recuerda: hoy tienes el lujo de tomar una decisión que nadie más puede tomar por ti; elige cuidadosamente de qué lado estar.

«El inicio de una revolución es en realidad el fin de una creencia»
Gustave Le Bon



DIFERENCIAS ENTRE ANARQUISMO Y NIHILISMO

Nuestro interés al escribir este breve texto es simplemente definitorio, no excluyente. Compartimos trinchera con los anarquistas, aunque nuestros objetivos finales sean diferentes, lo cual no debe ser ningún problema: jamás los alcanzaremos. Los nihilistas modernos y los anarquistas compartimos la admiración por Mikhael Bakunin, quién describió de forma bastante acertada el sentimiento nihilista: «Déjenos poner nuestra confianza en el eterno espíritu que destruye y aniquila, sólo porque es la fuente eternamente creativa e inescrutable de todo». Es cada vez más común que en el plano político se confunda el nihilismo y el anarquismo por su lucha contra toda autoridad y por la libertad.

Sin embargo los anarquistas son eminentemente idealistas, defienden y creen en conceptos abstractos como la «paz», la «justicia» y la naturaleza noble y bondadosa de las personas. Los nihilistas no. Los nihilistas sabemos que la historia es una invención artificial interesada, un relato interconectado de eventos malinterpretados, inventados y disparatados creados para justificar ideas preconcebidas de la realidad.

La humanidad construye y cree en cosas que no son reales. Ilusiones históricas y sociales que no significan nada pero que son interpretadas como algo real y necesario. Es una necesidad de las mayorías para afianzarse a algo, para no ver el abismo y no caer en la depresión. Los nihilistas vivimos para discernir lo que es real y lo que no, analizamos cuales son los límites de la condición y de la inteligencia humana y buscamos la verdad hasta donde podamos alcanzarla. Lo demás lo desechamos.

Los humanos, como cualquier otro animal, no son buenos ni malos por naturaleza. No buscan la justicia, no es algo genético, ni son solidarios en esencia. La humanidad, en términos morales, no es en absoluto diferente a las demás especies animales. Dada su singularidad individual, cada humano puede ser realmente lo que quiera, pero la mayoría se conforma con ser lo que puede o le dejan ser: un reflejo de la sociedad donde vive. Nosotros creemos que no hay más razón que la verdad, pero que no existe eso que los idealistas llaman «concienciar». La verdad sólo puede imponerse mediante la voluntad de poder, es decir, mediante el poder sobre el otro. El Poder político y económico se impone por la fuerza y la mentira. Nosotros creemos que la única forma de revertirlo es mediante el poder propiamente dicho: nosotros somos nuestro poder. Conquistar el poder propio y expandirlo.

No creemos en un mundo mejor, la humanidad es la que es, siempre ha sido así. Nuestro papel es meramente destructivo. Frente a las revoluciones que prometen paraísos en la tierra, nosotros ofrecemos la revuelta y la algarada, sin más promesas, sin más ensueños, que la de acabar con aquello que nos impide ser libres.

Secta nihilista



SIMÓN RADOWITZKY, APUNTES BIOGRÁFICOS

Nacido en 1891 en el seno de una modesta familia ucraniana de origen judío, Simón conoció la miseria desde su nacimiento y el mundo laboral desde la infancia. Trasladado a los cuatro años con su familia desde una aldea ucraniana hasta Yekaterinoslav, capital de la comarca, pronto comenzó a trabajar como aprendiz de herrero. Fue la hija de su maestro quien le introdujo en el anarquismo. Desde la edad de 10 años, Simón escuchaba semi—escondido debajo de la mesa de la habitación de la muchacha lo que se decía en las reuniones del grupo anarquista al que pertenecía la joven. Cuatro años más tarde Simón asistiría a esas reuniones como un componente más del recién fundado Grupo de Anarquistas Comunistas de Yekaterinoslav.

Participante de manifestaciones y reuniones, fue herido ya a la edad de 12 años en una manifestación por la reducción de la jornada laboral por el sable

de un cosaco y posteriormente condenado a 4 meses a prisión por manifestarse ilegalmente y tener en su poder prensa subversiva.

En 1905 durante la revolución fue elegido, con 14 años, miembro del secretariado del soviet de Yekaterinoslav. Terminada la revolución la represión se desató aun con más furia y Radowitzky pasaría a la semi—clandestinidad, involucrándose en las primeras acciones armadas. En 1908, asalta junto a otros miembros de su grupo una comisaría de policía para liberar a un compañero detenido. A resultas del asalto un policía resulto muerto y Simón fue reconocido como su ejecutor. Días más tarde sale del imperio ruso y embarca hacia Argentina.

Una vez allí, recorre el gran país americano, que tanto le recordaba a su tierra, buscando trabajo. Empleado como bracero, ferroviario y vaquero en la Patagonia, se ve involucrado en nuevas protestas, de las que su tenaz anarquismo sale reforzado. En 1909 le tenemos en Buenos Aires, en contacto con los círculos anarquistas porteños, en especial con la FORA.

En el transcurso de una manifestación convocada ese mismo año por la FORA, el coronel Falcón, jefe de la policía porteña ordena disparar contra las obreras. La cantidad de muertos y heridos fue espeluznante. Las manifestaciones y los muertos continuaron durante unos días conocidos como la semana roja. La represión posterior fue feroz, pues los obreros y obreras no se quedaban atrás y respondía con fuego y bombas a la policía.

Terriblemente impactado por estos sucesos, Radowitzky, que venía de la dura y combativa tradición rusa (en una época – finales del XIX y principios del XX – en la que aun coleaba la influencia de los nihilistas durante las décadas del 70 y 80 del siglo XIX que había conmocionado Rusia y en la que el anarquismo ruso se estaba conformando bajo un régimen de hierro) decide fabricar una bomba y lanzársela a Falcón. El coronel moriría tiempo después a consecuencia de sus heridas y Radowitzky sería condenado a prisión perpetua en el infierno de Ushuaia, la Siberia argentina. Su minoría de edad (19 años en una época donde la mayoría de edad era de 21) le salvó de la pena de muerte.

En Ushuaia sobrevivió a unas condiciones terribles e intentó fugarse dos veces sin éxito. Los anarquistas argentinos (para quienes era un héroe) hicieron a su vez un par de intentonas por liberarlo, la última llevada a cabo por Roscigna (infiltrado como carcelero) que no prosperó por la delación de un socialista. Finalmente en 1930 le fue conmutada la pena y salió en libertad pero fue expulsado del país.

Tras salir de Argentina se dirigió a Montevideo, donde se involucró en el anarquismo local y en la difusión de las ideas y pasó una breve temporada encarcelado por el gobierno del dictador Terra (1933). En 1934 es finalmente liberado. Pero poco después al otro lado del océano, en España, estalla una revolución en

1936 y Radowitzky no puede resistir la tentación y embarca para la Península Ibérica.

Llegado a España, es de sobra conocido por los anarquistas españoles. Radowitzky es un mito y el hecho de ir a luchar tras su larga condena de prisión lo engrandece más. Enrolado en una milicia es destinado al frente de Aragón, donde participará de manera activa en los combates. Activa pero muy limitada. En su afán de protegerle, sus compañeros le restringirán mucho su actuación y será trasladado a una zona más tranquila del frente.

Tras perder la revolución y la guerra, en 1939 abandona España por los pirineos y es internado en un campo de concentración francés como tantos y tantos combatientes que cruzaban la frontera. Tras ser liberado se exilió a México, donde editaría revistas anarquistas y trabajaría en una fábrica de juguetes.

Simón Radowitzky moría en 1956 en Ciudad de México de un ataque cardiaco a la edad de 65 años. Acababa así la dura y entregada vida de un individuo anarquista, curtido en mil batallas que lo dio todo por su ideal. Agitador obrero, «terrorista», preso, propagandista, revolucionario, combatiente, editor, pero ante todo un compañero humilde y comprometido. Un anarquista.




Contacto:
revista.infierno@yahoo.com